

Arte Poética

Cantar es ser
Rilke

Apreciado lector, antes que inicies la lectura de estos poemas quisiera compartir contigo un par de reflexiones. Intentaré bosquejar aquí, a manera de preludio, el asombro que me provoca el hecho de que se haya creado -durante cuatro décadas exactas, del año 1981 al 2021- una obra compuesta por diecisiete cuadernos, de distintos formatos y registros, los cuales vinieron a imbricarse con tal llaneza y sencillez que pareciera se apoyaran éstos, unos a otros, como los naturales fragmentos de un solo corpus.

*Este libro, que ya se me escapa de las manos, lo he dado en llamar **Cantos del bastón**, porque siempre fue tan modesto compañero mi sabio consejero en todos los atajos y huellas que me cupo en suerte traquetear.*

*En 1981 edité -en modestísimas hojas de roneo- un primer poemario, **Sin conciencia ninguna**, en los talleres de la Pastoral Juvenil de Talca, cuyo nombre original **Catacumbas** rescato ahora en este arqueo. Así debuté, al alero clandestino de la Iglesia, maestra en humanidad, replicando artesanalmente un sistema de autoedición creado por Tomás Segovia en México a partir de los años 70' para contrarrestar la censura y el lucro de las grandes editoriales. Este impulso vital por escribir y publicar se debió a la necesidad urgente de seguir respirando, de sentirme vivo -más bien, sobreviviente- en plena dictadura militar. Ocurrió después de ver en un diario de circulación nacional la foto en blanco y negro del Capitán General sufragando, el 11 de septiembre de 1980, para aprobar su muy triste y fraudulenta Constitución Política del Estado, que, por lo demás, fue la misma que nos rigió exactamente 40 años, hasta el 25 de octubre de 2020, cuando el pueblo mayoritariamente en un referéndum exigido con marchas y caceroleos dijo basta. Asumí así la Poesía, a partir de ese lejano instante tan trágico para Chile -experiencia infusa la llaman los místicos- como un oficio primordial al que me consagré para trabajar por la denuncia y recuperación del alma de mi pueblo, de mis ancestros, pisoteada y ultrajada por un liberalismo a ultranza retrógrado, cuartelero y tacaño que se fue enseñoreando del país. No concibo el arte y la literatura sino desde esta perspectiva, dado que la belleza neutral termina siendo híbrida, inhumana, indigna. "Sólo el pueblo es humano", diría por entonces el teólogo José Comblin.*

Muchos pájaros han volado sobre los puentes y, aunque retorno una y otra vez al tema social y político, también he explorado los rasgos de nuestra identidad rururbana -piducana, talquina- de un tiempo a esta parte hondamente fracturada

por estilos de vida contemporáneos, cómodos pero insustanciales. Asimismo, afané respecto al motivo costino del Maule profundo, con sus costumbres ribereñas; anduve montaña adentro hurgando los misterios de sus toponimias azules y ocres entrelazándose, fusionándose; exhumé contra viento y marea la amatoria profana y la erótica sagrada de mis antiguos, y, ¿cómo evitarlo?, elucubré con el prodigioso sincronismo de ánimas en pena, conjuros, presagios, creencias, mitos y leyendas que nos habitan en permanente confrontación con una cruel globalización neoliberal, hoy al parecer en retirada, por lo demás harto invasiva y huera. Ocupado en tamaños ajetreos he recorrido estos andurriales intentando encender un fueguito bajo la niebla -¿qué otra cosa podría ser la Poesía?- que nos permita cebar el mate y partir la tortilla "al bello aparecer de este lucero".

La manera de escribir, el estilo si se quiere, se me ha dado despacioso después que he macerado la experiencia, cuando de ella sólo va quedando un aroma, una remembranza haciéndose memoria, una certeza buscando su dibujo y algo parecido a un temblorcito en la voz, en los tendones, en las entrañas. Eso, estimo, es el origen de esta Poesía. Luego, uso los fonemas más usuales, aquellos que se reconocen de lejos en los objetos, en los sonidos, en las miradas; esos que fluyen con un dejo pueblerino, popular, arcaico, retrucándose en la posmodernidad, intentando rescatar algo parecido a la felicidad. Algunos de los textos de **Cantos del bastón** los he corregido de su transcripción original, puesto que considero válida la reescritura tal como la asumiera Antonio Gamoneda, porque persistentemente la vida enmienda la derrota de la imagen cuando se agota el signo y su significado. La última versión del poema restaurado será la rúbrica definitiva; aunque, disto mucho de creer en la perfección absoluta de una obra literaria.

Después de 40 años en el oficio, luego de haber removido con la pluma en ristre la realidad y su materia desde una perspectiva donde lo metafísico y lo telúrico se cuestionan armoniosamente, podría resumir diciendo que el impulso inicial o genésico de esta escritura es y ha sido la permanente inquietud por el ser humano inserto en su medio geográfico, biológico y cultural, asolado por ambiciosas transnacionales en contubernio con los gobiernos de turno -desde el golpe cívico-militar de 1973 a la fecha- y sus políticas económicas bárbaras y fundamentalistas que no han respetado los más mínimos y esenciales derechos del prójimo, humildes y pauperizados trabajadores del campo y la ciudad que esperan con paciencia de siglos poder vivir como la gente. En otras palabras, bastante más autorizadas que las mías, reafirmo, entonces, que en esta poética "son inseparables la preocupación por la naturaleza, la justicia con los pobres, el compromiso con la sociedad y la paz interior" (Encíclica **Laudato Si**).

Antes de terminar este preámbulo quisiera señalar, sin pizca alguna de amargura, cierta paradoja que condena a los escritores de provincia a una doble marginalidad, la cual sin embargo se puede revertir con un poco de talento y harto de fervor. Cantar al hombre y a la mujer de la tierra fuera de Santiago ha dado pábulo

a largos y obstinados desprecios en la literatura chilena, desde la generación del 50' en adelante. Hablar de las chivas que paren en las zanjones de Pencahue, arrancar correhuela en las chacras o sandiales silbando un huapango de Miguel Aceves Mejía, conversar con los espantapájaros o arrullarse entre las alas de una zurzulita bajo los sarmientos o las galegas del estero, para ciertos literatos e intelectuales con ostentosos postgrados supuestamente vanguardistas tal conducta natural y espontánea, tan primordial sabiduría vitalista derramada entre las criaturas que aman sin pudor, es considerada con toda desfachatez una rústica subcultura definida en sus enciclopedias eurocéntricas como criollismo o larismo, chovinismo anacrónico, decadente o, simplemente, folclor pintoresco e ingenuo. Ante tal despropósito imposible no pensar en don Quijote, Miguel Hernández, Ho Chi Min, Juan Rulfo, Gabriela Mistral, González Vera, Violeta Parra, Víctor Jara, Patricio Manns, en fin. Ese ninguneo apenas alcanza para torpe arrogancia, discriminación, bajeza y, en última instancia, inopia. Sin embargo, a pesar de los pesares, por estos territorios el Espíritu siempre ha soplado fuerte, desde los romanceros españoles entonados por el Mulato Taguada en 1830, pasando por Max Jara, De Rokha, Neruda, Anguita, Barquero, llegando hoy por hoy a los rebeldes hiphoperos -improvisadores, al igual que los viejos payadores- o al arte liberador de batucadas que acompañan las marchas con sus ritmos afrolatinos por las calles y plazas del Maule. Y ahí vamos, hasta verte Cristo mío, con un verso nuevo en la pancarta.

Al mirar hacia atrás podría concluir, como si estuviera entrando por última vez al cráter del Descabezado Grande, que he intentado fundar verso a verso, pacientemente, un caserío, una comarca, un universo poético -utópico, si se quiere- donde, más temprano que tarde, se pueda vivir con la alegría de un resucitado y, así, mis gentes sencillas y fraternas vuelvan a brindar, cantar y bailar como el noble pueblo que nunca debimos dejar de ser. Así sea.

BGK

Talca, Pentecostés 2021.